



Miguel Ángel Espino

Nació en 1902, Santa Ana, y murió en San Salvador en 1968. Maestro y abogado. Vivió mucho tiempo en Guatemala y México. Se educó en un grupo familiar compuesto de varios artistas: hermano y padre. En su formación como maestro de la Escuela Normal de El Salvador recibió las enseñanzas de las ideas de Vasconcelos, Alejandro Korn, Antonio Caso y Alfonso Reyes. Después, ya viviendo en México, donde hizo sus estudios de leyes, pudo seguir de cerca a aquellos humanistas, quienes le dieron una dimensión liberal a su pensamiento.

Espino, en América Central, representa al gran movimiento de la novela surgida en América Latina de las pasadas décadas; la novela del realismo naturalista que dio grandes obras literarias sobre un mundo en gestación, donde la selva prevalecía sobre las ciudades, o donde simplemente las ciudades no habían comenzado a ser percibidas, quizás en tanto sólo eran una prolongación civilizada de la aplastante geografía. En esa línea del naturalismo costumbrista, donde figuran Huasipungo, Doña Bárbara, Don Segundo Sombra, para mencionar las más divulgadas, encontramos las huellas que siguió Espino. No cabe duda que estuvo influenciado por las dos últimas. En todo caso, el movimiento de la novela en América Latina fue un fenómeno natural, el continente en sí constituía ya una novela y lo ha seguido siendo por mucho tiempo más, aunque ahora con grandes novelistas de vigencia universal.

El naturalista costumbrista llegó con fuerza los países de América Central, cuyos escritores tenían en su propia realidad un tema dominante: las compañías extranjeras explotando las finca del trópico, que a su vez era sinónimo de selva húmeda o sabanas inacabables, donde los polos entre civilización y barbarie, estaban bien marcados. Así tuvimos la novela de Mamita Yunai, en Costa Rica, de Carlos Luis Fallas; Prisión verde, en Honduras, de Ramón Amaya Amador; y el mismo Miguel Ángel Asturias, pocos años más tarde, con Hombres de maíz (1945), donde se plantea, por otro lado un vuelco dentro de la concepción general. Creemos que Hombres contra la muerte (Guatemala, 1942, V.), del salvadoreño Miguel Ángel Espino, está muy cerca de la concepción novelística que más tarde tuvo el guatemalteco Asturias. Sin embargo, Espino, por razones ignoradas, no pudo continuar su saga centroamericana. Silenció su palabra literaria por largos períodos. Así, entre su primer libro (Mitología de Cuzcatlán, 1919) y su novela Trenes median más de treinta años. Asturias, con mayor vigencia dentro de su país, siguió adelante, descubrió nuevas visiones en su mundo literario, de su cultura original, que por lo demás ya había confrontado directamente, con viajes a Europa; era ya un hombre entregado a la pasión de su literatura.

A ese largo silencio de Espino, debemos sumar el hecho que fue un hombre desconocido en su país, intencionalmente silenciado, asumía en sus Hombres contra la muerte los temas intocables,

insurrección, barbarie, protesta, reflexiones sobre la marcha injusta del mundo; ahí en El Salvador donde se había cerrado todo signo de voz disidente. Aunque la novela de Miguel A. Espino, está ubicada en Belice, antigua posesión del imperio británico, que había sido arrebatada a Guatemala, andaba buscando la manera de expresar la injusticia a través de la explotación de los recursos naturales y la semi-esclavitud del hombre sobreviviente. Esa era la realidad de Centroamérica. La alusión nos tocaba aun cuando no hiciera referencia a El Salvador. En ese tiempo, el choque se daba entre el hombre nacional y las compañías extranjeras. Así, no sería El Salvador el país que acogería sus obras. Ya su primera novela fue publicada en Santiago de Chile, (Trenes, 1940), y su segunda y última novela, Hombres contra la muerte (1943), la publicó en Guatemala. No fue sino 31 años después que tuvo, esta novela, su primera edición en El Salvador (1974), caso increíble de ignorancia o de extrema censura de un escritor que provenía de una familia de artistas, inclusive su hermano ya representaba, después de muerto, al poeta vernacular por excelencia, el poeta oficial, el poeta frágil, leído en las escuelas más humildes del país: los pajaritos, el árbol, la montaña, etc. Pero Miguel Ángel Espino era otra cosa. Nadie mejor que éste puede representar el símbolo del silencio impuesto y de cómo el régimen militar exigió a los intelectuales de la época abierta complicidad para olvidar las carencias cívicas nacionales.

Espino es un clásico salvadoreño, pero tenía que estar escondido, no había surgido la fuerza consensual que lo sacara de su habitación oscurecida. Aún falta romper con esas complicidades, negadoras de los valores que nos identifican como miembros; de una patria espiritual que nunca tuvimos. Intencional o no, Espino optó por el silencio.

Así, Espino se hizo al margen. Ni siquiera lo salvó el hecho que quisiera rescatar leyendas o los mitos en un lenguaje poético o bien escribiendo una novela donde pone a la mujer y al amor como objetos de su obra: Trenes. En esta obra emplea un lenguaje ambicioso, no tradicional, en la novela; trata de romper los límites del género, una novela precursora de una nueva narrativa que estaría por surgir en América Latina dos décadas después hacia el mundo.

Espino, abandonó esa línea trazada en Trenes y fue en busca del tema latinoamericano de la época, donde el caudillismo, el mito y la superstición, se conjugan en la selva para tipificar el contexto. Los desheredados del colonialismo se enfrentan a una cultura más avanzada que se manifiesta en la explotación, ya sea del banano, de la madera o de la ganadería. Todavía no se vislumbran el caos de las ciudades, como forma primigenia del capitalismo moderno y que posteriormente se reflejarían en el "boom" de la novela latinoamericana: La región más transparente, de Carlos Fuentes; Tres tristes tigres, de Cabrera Infante; La ciudad y los perros, de Mario Vargas Llosa.

Espino intuye que se debe romper con el naturalismo, atisba en el mito y en las fuerzas de la cultura indígena, cuyos hombres ya no sólo serán en la novela el objeto de la explotación sino fuente de sabiduría y raíz de nuestra cultura ancestral y que no llegó a profundizar por dejar inconclusa su obra. No se trata, pues, de un escritor de dos novelas, sino de un artista que no alcanzó a seguir escribiendo la novela de su contexto geográfico que era América Latina. Eso

que al mismo tiempo estaba haciendo Asturias, el realismo mágico como nueva expresión de nuestras realidades culturales. En verdad, era el problema actualizado de los países centroamericanos lo que estaban reflejando los escritores, y que no terminaban de revelar, sino para el caso de Salarrué, las cualidades derivadas de nuestra cultura milenaria, aunque sin entrar en los mitos ancestrales. Pero Salarrué descubre a los herederos de esos mitos y esas culturas. Espino apenas llega a vislumbrarlos. Una enfermedad desconocida truncó lo que pudo haber sido otro gran novelista de la región abdominal de América.

Pariente de poetas, tanto su hermano, Alfredo Espino como su padre Alonso fueron poetas. Miguel Angel publicó a los 16 años su primer libro: Mitología de Cuzcatlán, libro de recreaciones poéticas sobre mitos y leyendas de los pipiles, los indígenas que poblaron. El Salvador, llamado intiguamente Cuzcatlán. Posteriormente escribe Como cantan allá (1926). Espino sólo publica un nuevo libro luego de grandes períodos, la excepción se da entre sus dos novelas. Así, entre Mitología de Cuzcatlán, publicado en 1919 y su novela Trenes, publicada en 1940 median más de veinte años; y entre su novela Hombres contra la muerte (Guatemala, 1942), su último libro, y la fecha de su muerte (1968) hay un período de veintiséis años.

Un derrame cerebral sufrido a finales de la década del 40 no le permitió continuar su obra que se vislumbraba con grandes alcances, ahí donde se encontraría con Salarrué para conjuntar la saga de la cultura sumergida de El Salvador, país de poetas y de escasos narradores, no obstante la inclinación épica de su historia. Espino es el escritor que coloca la novela en un lugar cimero, pero por tratarse de la novela que se está escribiendo, a manera de una gran obra completa de todos sus escritores, que no concluye, él mismo no dio los aportes para acercarnos a esa conclusión, fijando pasos esenciales, como es el lenguaje poético sobre la trama, que luego lo harían magistralmente José María Arguedas y Julio Cortázar, aunque en diferentes dimensiones de mundo; un enfoque sociológico y de reflexiones filosóficas donde los personajes son un pretexto para explicar el espíritu, la historia y la geografía de América Latina. El esfuerzo es grande, pero el mundo novelístico, la gran visión de Espino no logra culminar. Y El Salvador, que sí tuvo su novelista en él, así como tuvo en Salarrué su contador maravilloso de cuentos, se quedó sin la novela que se habría esperado en los años posteriores a la postguerra y que habría enriquecido nuestra literatura. La tarea estaba augurada para las generaciones venideras y que se abren después de la década del 80, aunque la gran historia aun está por ser concluida, esa novela río testimonial que escriben desde ya los escritores a partir de Pobrecito poeta que era yo..., de Roque Dalton y El Valle de las Hamacas de Manlio Argueta. Y claro, bajo la tutela de los maestros iniciales de la narrativa.

BIBLIOGRAFIA SELECTA

A

Mitología de Cuzcatlán. San Salvador: 1919.

Como cantan allá. San Salvador: 1926.

Trenes. Santiago de Chile: Editorial Ercilla, 1940.

Hombres contra la muerte. Guatemala: 1a. edición, 1942. 2a. edición, San Salvador: Dirección General de Publicaciones, 1974.

B

López Vallecillos, Italo. (prólogo a la 5a. edición de Hombres contra la muerte). San Salvador: UCA Editores, 1986.